

able amor de Jesucristo en el divi-  
no misterio y sacrificio de su Cuer-  
po y Sangre. Adoradle en espíritu y  
verdad, que digno es este Cordero  
inmaculado, que quita los pecados  
del mundo, de recibir el honor, la  
gloria, la alabanza y la acción de  
gracias por todos los siglos de los  
siglos. Amen. DIXE.

## SERMON IV

## DE SACRAMENTO.

Sobre la Comunión sacrílega.

*Qui manducat et bibit indignè, ju-  
dicium sibi manducat et bibit, non  
dijudicans Corpus Domini. Ad Co-  
rint. c. XI.*

El que come y bebe indignamente,  
come y bebe su juicio, porque  
no juzga como debe del Cuerpo  
del Señor.

SEÑORES:

Con estas fulminantes palabras pre-  
tende el apóstol de las gentes sepa-

rar de la sagrada mesa eucarística á los que osan acercarse á ella sin haberse probado antes á sí mismos, y preparado con las debidas disposiciones para recibir tan alto Sacramento. Crimen exécrable y superior á todo crimen, por la atroz injuria que infiere á Jesucristo, y por el terrible juicio de condenacion que trae consigo. Con los demas pecados irritamos al soberano Juez de vivos y muertos, exponiéndonos á ser víctimas de su ira. Mas las indignas comuniones nos unen de tal suerte é incorporan, para decirlo asi, con el juicio de muerte y de condenacion, que parece cerrarnos las vias de reconciliacion y de la paz. No porque sean pecados irremisibles, sino muy dificiles de perdonar, atendido el menosprecio y juicio poco ventajoso de Jesucristo que encierran. Por manera, que la imponderable malicia de la Comunión sacrílega consiste, segun S. Pablo, en no juzgar debi-

damente del Cuerpo del Señor: *non dijudicans Corpus Domini*; y el deplorable efecto de semejante Comunión consiste en comer y beber su juicio y su condenacion: *judicium sibi manducat et bibit.*

Apoyado sobre estas dos verdades que nos hace presentes el apóstol, os haré ver: I. La atroz injuria que haceis á Jesucristo comulgando indebidamente. II. La que en esta hipótesi haceis á vosotros mismos. A Jesucristo, violando los derechos de su sacratísima Humanidad; á vosotros, cerrando en cierto modo las puertas de su misericordia: dos breves reflexiones que dividen la materia, digna de esta cátedra y de vuestra atencion. Pidamos las luces del Espíritu Santo, postrándonos con sumision ante el augusto Sacramento de nuestros altares, fuente inagotable y origen de toda gracia. *Ave María.*

*Thema ut supra.*

**P**ara formar justa idea de la inexplicable injuria que hace al Cuerpo y Sangre de Jesucristo el que comulga indignamente, basta reflexar por un momento las augustas cualidades que caracterizan al Salvador, atendidos los principios fundamentales de nuestra divina religion. Ésta nos enseña, que lo que recibimos en la sagrada mesa eucarística es un Cuerpo formado por el Espíritu Santo en el vientre virginal de una doncella, unido al mismo Dios, que lo eligió para su templo y santuario; un Cuerpo que unido hipostáticamente á la persona del Verbo eterno, fue ofrecido en sacrificio por nuestros pecados; un Cuerpo, cuya preciosa Sangre obró nuestra reconciliacion y redencion; un Cuerpo,

que unido indisolublemente á la Persona del Hijo, ha sido elevado y xáltado á la diestra del Padre, colmado de honor en el esplendor de los santos; un Cuerpo, que lo es del Unigénito de Dios, verdadero Dios y Hombre, que habiendo amado á los suyos, quiso amarlos hasta el fin, quedándose Sacramentado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos. ¡Qué respeto pues! ¡qué veneracion! ¡qué homenajes! ¡qué sinceras adoraciones! ¡qué morada tan pura no exíge de justicia un sujeto que encierra corporalmente todos los tesoros de la Divinidad! como se explica S. Pablo.

¿Y es este ¡ó mi adorable Salvador! el juicio que forma el pecador sacrílego de la dignidad y santidad de vuestro Cuerpo, sacrificado por amor al hombre? ¿Prepara en su corazon digna habitacion al Cuerpo de un Dios Hombre, á quien el Padre ha exáltado y colocado á

su diestra, dándole un nombre superior á todo nombre, á quien hincan la rodilla los cielos, la tierra y los infiernos? ¡Ah! temblad y estremeceos los que osais acercaros á este sagrado convite del Cuerpo y Sangre de Jesucristo sin el vestido nupcial; es decir, sin las debidas disposiciones para recibir tan soberano alimento.

¿Pero qué digo? Vosotros habeis arrojado todos los sentimientos de veneracion y de respeto que debia excitar en vuestra alma un Cuerpo tan santo; habeis menospreciado los movimientos de gratitud y de reconocimiento ácia el Cuerpo de un Señor que fue tan maltratado solo por vuestro amor; habeis abandonado los deberes mas sagrados y las leyes inviolables de adoracion y de homenaje, de sumision y dependencia de tan liberal y soberano bienhechor; vosotros, para decirlo de una vez, no habeis juz-

gado dignamente del Cuerpo del Señor: *non dijudicans Corpus Domini*; y hé aquí el funesto origen de la gravedad de vuestra culpa, que os hace cómplices del crimen de Judas.

¡Sacrílego pecador! ¿No ves con los ojos de la fe en este adorable Sacramento el Cuerpo de Jesucristo; Cuerpo que el Verbo tomó, no de aquella tierra maldita en nuestro primer Padre Adán, sino de una tierra bendita y virginal, tierra immaculada, exenta de toda mancha, á quien el Señor habia concedido por primicias la plenitud de su gracia? ¿Cómo no tienes respeto y veneracion á un Cuerpo, que formado por el Espíritu Santo en el seno de una Virgen, despues de haber sido maltratado, muerto y sepultado por la salud del hombre, le ha resucitado Dios y le ha exáltado sobre un trono, cuyo esplendor deslumbra á las mas altas inteligencias, que se postran rendidas para

prestarle el debido homenaje de adoracion? ¿Cómo no respetas un Cuerpo donde habita corporalmente la plenitud de la Divinidad, y donde ha fixado Dios su tabernáculo ó propiciatorio de su bondad para distribuir sus gracias? ¿Ignoras por ventura que recibiendo este sagrado Cuerpo en pecado incurres en todas las maldiciones fulminadas por el Señor contra el pecador profano? ¿Ignoras que las cosas santas estan reservadas para los santos, y que la luz no puede tener comunicacion con las tinieblas, ni Cristo con Belial? ¿Ignoras que el pan de los ángeles no debe arrojarse á los perros? ¿Ignoras que es necesario renunciar del pecado para acercarse á esta sagrada mesa? ¿No son estos oráculos que hemos aprendido de nuestros padres en la religion los mismos que menosprecia el pecador sacrilego?

¡O santidad de mi dulce y amabilísimo Salvador indignamente vio-

lada! ¿Vuestro adorable Cuerpo, Señor, introducido con violencia en el templo de Dagón, sirviendo de objeto de menosprecio, dice un sabio, entre las aclamaciones del ídolo? ¿Insultada vuestra Humanidad sacratísima á presencia de un tabernáculo de iniquidad, donde se ofrece incienso á Moloch; esto es, al pecado? ¿Son estas las delicias que os prometiais entre los hijos de los hombres? ¡Ah! su ingratitude trastorna todas las ideas de veneracion y todos los sentimientos de reconocimiento que la religion nos inspira en orden á un Cuerpo sacrosanto, que ha sido sacrificado por nuestra salud.

¡Qué vergonzosa confusion, señores! ¿Qué se os dice al repartiros este sagrado pan del cielo? Hé aqui el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Al oír estas palabras todo el que está penetrado de lo que debe á Jesucristo, no con-

tento con reconocer su iniquidad propia, su original vileza, trae á la memoria lo que debe á aquel sagrado Cuerpo, los tormentos que sufrió, la Sangre que derramó por la salud del hombre. Despues de haberlo recibido lo adora como á origen de su felicidad y gage de su reconciliación con el Padre; se arroja á sus pies, y bañado en lágrimas derrama su corazon en la divina presencia, derretido como una blanda cera por el calor del fuego. Mas el pecador sacrilego nada halla en este Cuerpo que excite su confianza, que mueva su piedad, que despierte su gratitud. La fe nos dice que es un manantial de gracias, y él lo convierte en una fuente de maldiciones. Su pecado forma en él un corazon ingrato, que olvidado del beneficio de su redencion á nada aspira, nada pide, nada sacrifica á Jesucristo en accion de gracias por su inefable amor.

¿Pero qué digo? Paréceme veo á este Señor de Magestad haciendo resistencia por no entrar en una habitacion tan indigna, en un pecho poseido del demonio; paréceme oirlo clamar al Padre Eterno: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz de amargura; paréceme oirlo decir, como en otro tiempo á sus discipulos: hé aqui el traidor que viene á entregarme en manos de los pecadores; ya está sentado á la mesa, poseido de la mas negra perfidia, á cubierto de algunas muestras de hipocresía: *ecce appropinquat qui me tradet*; paréceme oirlo decir lo que á Judas en el momento que consumaba su traicion: ¿entregas así con un ósculo de perfidia al Hijo del Hombre? ; O Dios de suma bondad y mansedumbre, que por no desacreditar al hombre os entregas á su discrecion, sufriendo tan atroz injuria! ; Mas ay, señores, de aquel por

quien el Hijo del Hombre fuere así entregado, profanando sacrílegamente su sacratísimo Cuerpo y Sangre! ¿Cuánto mejor le estuviera no haber jamás existido, que venir á ser reo del Cuerpo y Sangre del Señor, como se explica el apóstol? ¿Temblad, pecadores sacrílegos; estremeceos al oír una expresión tan terminante, tan extraordinaria y enérgica! ¿Qué otra cosa, os ruego, significa, sino que renovais la crucifixión de Jesucristo, haciendo á su adorable Cuerpo y Sangre en la mesa eucarística los mismos insultos y oprobrios que sobre el Calvario le hicieron los judíos?

Es verdad que Jesucristo no puede ya ni puede padecer, porque después de haber resucitado no puede ya morir, como dice el apóstol, ni la muerte le puede ya dominar. ¿Pero quién duda que el pecador, cuanto está de su parte, le vuelve á insultar y crucificar, como dice

S. Pablo? *Rursus crucifigentes.* ¿Quién duda, me atrevo á añadir, que el Señor tiene derecho con mas amargura del insulto cometido por el pecador sacrílego, que del atentado de los judíos cuando le cubrieron de ignominia? Si ellos en efecto le hubieran conocido, nunca, dice el apóstol, le hubieran crucificado. Mas el pecador sacrílego que se atreve á recibirle en mala conciencia, cree que este pan del cielo es el verdadero Hijo de Dios, luz de la luz, Dios verdadero de verdadero Dios, esplendor de su gloria, figura de su substancia, viva imágen de su Divinidad, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en Unidad de esencia y Trinidad de Personas. Confiesa que tomó carne en el vientre virginal de una doncella por obra del Espíritu Santo.

¿Qué mas? Confiesa que vivió y conversó entre los hombres por

espacio de treinta y tres años, dándonos saludables documentos, sanando cojos, ciegos y tullidos, curando endemoniados, resucitando muertos, y poniendo los primeros y eternos cimientos de su iglesia. Cree que este verdadero Dios y Hombre fue perseguido, insultado, crucificado y muerto por redimirnos del pecado y reconciliarnos con el Padre. Confiesa asimismo que por efecto de su liberalidad y de su amor se dignó quedar Sacramentado entre nosotros hasta el fin de los siglos, para darnos por vía de alimento en esta sagrada mesa todo lo que es en sí, su Cuerpo, su Alma, su Divinidad, sus atributos, á fin que podamos ser por gracia una cosa con él mismo, como él lo es por esencia con su Padre celestial. El que confiesa pues y cree todas estas verdades fundamentales de la religion, y osa sin embargo recibir indignamente este adorable Sacramento, ¿no

hace la mayor injuria á Dios? ¿No insulta el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, con mas perfidia aún que los mismos judíos? ¿No es reo del Cuerpo y Sangre del Señor, como se explica el apóstol? ¿Su crimen sacrílego no es el mismo que el de Judas?

¡Ah! temed, hombres insensatos, temed acercaros indebidamente al arca, como decia Josué á los hijos de Israel. Santificaos, probaos á vosotros mismos; no os acerqueis indignamente á esta sagrada mesa: *omnia sancta sanctis*. Las cosas santas se deben tratar con santidad, y el pan de los ángeles no ha de arrojarse á los perros. El que cometa una tal injuria, no solo será reo del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, sino que se atraerá á sí mismo el juicio de su condenacion eterna: *judicium sibi manducat, et bibit*: segunda reflexion de este discurso, que paso á exponeros con brevedad. Seguidme atentos.



II. Si hubiera de tomarse á la letra, como se explica un sabio, el oráculo del apóstol sobre la materia, todo era desesperado para el pecador sacrílego: *qui manducat, et bibit indignè, iudicium sibi manducat, et bibit.* El que come y bebe indignamente, come y bebe su juicio. Parece á primera vista quiere decir S. Pablo que el pecador sacrílego está ya juzgado, y que sin esperar la sentencia que al fin de sus dias debe decidir de su suerte, su destino eterno está ya arreglado. Mas no es este el riguroso sentido de las palabras del apóstol; pues entonces inducirian á desesperacion al pecador sacrílego, contra la mente de Dios, que ha jurado no quiere la condenacion de ninguno. Prescindiendo por ahora de las diversas sentencias de los padres y expositores, digo que S. Pablo solo quiso anunciar los efectos ordinarios de la Comunión sacrílega.

Ésta en efecto conduce al pecador, como por la mano, á la impenitencia final por medio de una cierta especie de languidez que le adormece en el pecado. Asi lo insinúa el mismo apóstol: *ideo inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dormiunt multi.* Permite Dios que enfermen y se debiliten espiritualmente los sacrílegos, dexándolos caer en una especie de sueño y de modorra que los hace como insensibles á la infelicidad de morir en su pecado; pues aunque el Señor no les niegue sus auxilios, permite no obstante que ellos por medio de esta languidez y sueño se obstinen contra la gracia, que podria reducirlos del estado de muerte al de vida. En el castigo de Judas, este primer profanador del augusto Sacramento de nuestros altares, hallamos una justa idea de lo mucho que debemos temer acercarnos indignamente á esta sagrada mesa. Aquel pérfido disci-

pulo fue de resultas abandonado á su sentido réprobo, y en este abandono incurrió en la desesperacion. ¿Porqué no deberá temer igual suerte el pecador sacrilego, no siendo inferior su crimen? Reflexemos.

Grande fue la avaricia de este malvado discípulo, á quien S. Juan llama ladron por su demasiada adhesion al dinero: grande fue su delito en acceder al detestable proyecto que le inspiraba el infierno de entregar á su Maestro, grande el crimen de preguntar al Salvador, á quien sabia era todo manifesto, si era él el que habia de venderlo; gran maldad haber despreciado en esta ocasion los auxilios del Señor. Pero en medio de tan graves crímenes, Dios que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y sane, trabajaba aún por su salud. Mas él añade á sus delitos la sacrilega temeridad de participar indignamente de la Cena del Cordero

de Dios; que fue como poner en cierto modo el sello de su reprobacion. De pecador de fragilidad y de flaqueza quedó convertido en pecador de malicia y de perfidia, poseido y dominado por el espíritu de tinieblas: *post bucellam introivit in eum satanas.*

¿Y no es, os ruego, este mismo el crimen del que se acerca indignamente á esta sagrada mesa? ¿No recibe á un mismo tiempo el Cuerpo de Jesucristo y el espíritu de satanás? ¿El Cuerpo del Señor, como un discípulo rebelde que sacrifica á su Maestro, posponiéndole al ídolo de su pasion favorita; y el espíritu de satanás, como un vasallo fiel que reconoce su dominio y obedece sus órdenes? ¿Qué mucho pues si en pena de tan sacrilego atentado le abandona el Señor? ¿Cuánto debe temer le dexé entregado como á Judas á la malignidad y perfidia de su corazón!; Ay de ellos, dice Dios

por su profeta, cuando de ellos me apartare; cuando retire mis gracias; cuando los abandone á sus deseos; cuando se obstinen y caigan en un sentido réprobo!

En vano me cansaria yo en representaros las terribles consecuencias de semejante abandono. Un Dios cargado de prisiones, cubierto de salivas y afrentas, aplicado al suplicio mas ignominioso, condenado á la muerte mas cruel y vergonzosa, ¿no fueron estos los frutos de la primera Comunión sacrílega que se hizo en el mundo? ¿Y no son substancialmente estos mismos los que diariamente se reproducen por medio de las comuniones indignas? ¡Ah! ¿cuántos de resultas de no tratar debidamente este augusto Sacramento viven olvidados de su último fin, del terrible juicio que les espera, y abandonados enteramente á sus pasiones, sin que nada los contenga en las sendas de su iniquidad?

En efecto, el que no teme acercarse sin la debida disposicion á esta sagrada mesa, brevemente hace que su fe y su conciencia enmudezcan. De un abismo pasa á otros, formándose una monstruosa cadena de pecados, y declarando en sus obras una guerra abierta á Jesucristo y á las máximas de su evangelio. A imitacion de Judas recibe en la sagrada Cena el pan de los ángeles, y sale de ella con el corazon de un demonio, dispuesto á todo lo malo, y pronto á cometer los mas graves delitos, como se explica el Justiniano. Jesucristo se descarga en cierto modo de estos sacrílegos profanadores de su Cuerpo, los maldice en su furor, y los entrega al espíritu de sataná, volviendo á veces la espalda á estos traidores por la subtraction de su gracia. De aqui proviene que los que comulgan indignamente cometen mas graves delitos, son mas obstinados en el mal, y

110 SERMONES

mas tardos en la peniende de su vida, dice el mismo Justiniano: *binc est, quod sumentes indignè, graviora præ cæteris peccata committunt, et pertinaciores in malo, et ad emendationem vitæ sunt tardiores.* **S**ob **s**on; Ministros del Altísimo, fieles dispensadores de Dios! Vosotros sois testigos fidedignos de estas terribles verdades. ¿Qué pecadores hay en el mundo que renueven con mas frecuencia el atentado y desesperacion de Judas que los que se acercan indebidamente á la sagrada mesa? ¿No experimentais diariamente que por no manifestar su pecado y sujetarse á las leyes inviolables del sacramento de la reconciliacion son innumerables los que por no perder su opinion, su empleo, su costumbre, su manejo, sus vicios y sus placeres, por detestables que sean, se sientan como otros tantos Judas á la mesa del sagrado Cuerpo y Sangre de Jesucristo, ultrajándole y

VARIOS. 111

tubriéndole de oprobrios en el Sacramento de su amor? ¿A cuántos habeis hallado que despues de su primera Comunión sacrilega han añadido otras muchas, acumulando pecados sobre pecados, sacrilegios sobre sacrilegios, cuya vida no ha sido otra cosa que un tejido de impurezas y de profanaciones del Cuerpo del Señor? ¿Ah cuánto es de temer que la vergüenza misma que ha cerrado sus bocas durante su vida los haga tambien mudos en la hora de su muerte, y que el pan sagrado, que sirve de viático al justo, se convierta en una especie de espada que penetre mortalmente el corazon de estos pecadores, como se explica S. Cipriano! **O**xalá, señores, que en orden á vosotros, sea todo lo dicho puras amenazas de quien teme y se interesa por vuestra salud eterna. Mas no perdais, os ruego, no perdais jamás de vista los efectos terribles

de una justicia que debe sostener los derechos inviolables y la gloria de Jesucristo. Ni olvideis que el que come y bebe indignamente este adorable Cuerpo y Sangre, come y bebe su juicio por el desprecio con que trata este divino Sacramento, haciéndose cómplice del delito de Judas, y reo del Cuerpo y Sangre del Señor: *qui manducat, et bibit indignè, reus erit Corporis et Sanguinis Domini... Judicium sibi manducat, et bibit, non dijudicans Corpus Domini.*

Para evitar pues semejante infelicidad, antes de acercaros á esta sagrada mesa probaos á vosotros mismos, como os intima el apóstol. Considerad que encierra todos los tesoros de la Divinidad el que vais á recibir. Preparadle digna habitación en vuestra alma, si no quereis incurrir en el terrible juicio de vuestra condenación. Lavaos con lágrimas de una sincera penitencia. Aban-

donad las sendas anchas de la iniquidad, y apresuraos a entrar por el camino estrecho de la salud. Tratad con santidad las cosas santas para no ser reos del Cuerpo y Sangre del Señor. Purificad vuestras manchas en el sacramento de la reconciliación para acercaros con la debida pureza á recibir el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, vuestro Dios, vuestro Padre, vuestro Salvador, vuestro mediador, á quien se debe todo el honor, la gloria, la virtud y la acción de gracias por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

SERMONES

Con estas breves palabras dirigidas á los jueces y magistrados, el Espíritu Santo el primer día de sus debates, hizo conocer al amor á lo justo, no solo con